

(«paz para seguir luchando») y cuál es la razón de su lucha («abrir el porvenir de par en par, / para plantar un árbol / en medio del miedo, / ...»), firme en su nueva, definitiva posición («cambié de clase»), en el poema «Noticias de todo el mundo», que empieza por ser noticia de sí mismo, declaración autobiográfica: «A los 47 años de mi edad, / da miedo decirlo, soy sólo un poeta español / (dan miedo los años, lo de poeta, y España) / de mediados del siglo XX.» Instalado en la inmensa mayoría («E. L. I. M.» es el título de un poema), encuentra en ella la razón de existir, es decir, de luchar; la esperanza («Cuando digo a la inmensa mayoría / digo luego, mañana nos veremos» y «... Llegaremos. / Es todo cuanto tengo que decir», del soneto «Cuando digo») y la palabra («Soy sólo poeta: levanto mi voz / en ellos, con ellos. Aunque no me lean», final de «C. L. I. M.», es decir, «Con la inmensa mayoría»—el subrayado es del poeta—). Inserto en la colectividad, viviendo en ella y con ella, su vida trasciende el vivir personal: «Podrán matarme, pero no morirme. / Mientras viva la inmensa mayoría», final del soneto «Mientras viva». Y termina este capítulo dedicado a «La palabra» con una nueva presencia del mar, imagen de «un libro / abierto por la inmensa mayoría / de las olas: yo leo en él, y escribo», en «Voz del mar, voz del libro».

El capítulo tercero, «Cantares», se centra en la ya estudiada primacía de la palabra viva y popular, del habla—o cante—de la gente, prolongando en esta dirección—dentro de su brevedad—el capítulo anterior. La cita de Augusto Ferrán, el amigo de Bécquer, el autor de «Cantares», sirve de elocuente declaración de principios («... he puesto unos cuantos cantares del pueblo... para estar seguro al menos de que hay algo bueno en este libro»), y acorde con ella, Otero levanta, frente a «la mentira de la literatura», «la palabra que habla, / canta y se calla», palabra que siempre tiene origen, identidad: «Navegaré con el viento del pueblo», afirma y anuncia en su copla inicial (titulada *Cantes*; en la edición de 1977 ha desaparecido la «soleá» que figuraba en la primera de 1964: «No porque me vea cautivo / trate de darme mal pago. / Y yo sé lo que me digo»). La incorporación del título de Miguel Hernández es también heraldo de la temática del capítulo o apartado, de ese hacer de su cante cante de todos y para todos, que en Otero es además con todos y en todos, como dirá glosando, transformando la popular canción mariana: «Venid, y vamos todos / al pueblo...», y «voz del pueblo, voz del cielo», en *Aquí hay verbena olorosa*. Y ese pueblo es, ante todo—aunque también sea el de toda la tierra—, el de España, el que debe abrir las puertas del futuro, romper

las cadenas del presente, esperar el mañana, pero empezar hoy, *Avanzando, cayendo y avanzando*, título del poema y, como ya se ha visto, verso final del poema «Avanzando» (en el capítulo siguiente, «Geografía e historia»). En esta parte la toponimia española es constante y abundante: ciudades, pueblos, ríos, montes de toda España, y España, la patria, entre el sufrimiento y la esperanza, el pasado y el futuro. A todo ello, a este mismo capítulo, se han dedicado ya varios comentarios. En los poemas finales, el aliento, el ímpetu optimistas, afirmativos, se concentran y concretan en la juventud, la imperecedera, nacida de la solidaridad frente a la pasada, la de los años sumisos, grave, muerta antes de nacer (en *Crónica de una juventud*); la que con el título de «Juventud imbatida» sirve de título al poema final del capítulo como aquella «juventud más joven» del poema machadiano. Juventud que hace suya la lucha, en plena noche, por una España en paz justa y libre, «por una patria / de alegría de acero y de belleza».

«La verdad común», quinto y último capítulo del libro, recoge todo lo anterior y, con los ya citados poemas «cubanos», es canto de solidaridad vencedora de todas las soledades, de tanto tiempo viviendo a tientas. Es proclamación de fe «En la inmensa mayoría», título de un poema fechado en 1960. Y la triste, en sombras, encadenada España, esperando su hora, abriéndose a la luz, caminando hacia la «nueva vida». Recogiendo su antigua petición reafirma su seguridad «de que la paz derrotará a la guerra», que se cerrará «el ayer fratricida, triste, oscuro». Y toda España, sus ciudades, la «tierra / arada duramente», «tierra de rabia, roja / semilla de la esperanza» y «cielo azul de España», de los últimos poemas del libro, recogen y resumen el largo camino iniciado en *Pido la paz y la palabra*: España recorrida, atravesada, ahondada, centro y raíz, hondón y cima de los pensamientos y sueños del poeta. Creada y recreada en y por su palabra. Palabra nacida de su pueblo, crecida en él y a él destinada.

Terminado el ciclo de *Que trata de España*, Otero continuará y ampliará su temática española en el ya citado y extenso volumen *Expresión y reunión* (1941-1969), subtítulo «A modo de Antología», y en el que se incluyen tres libros inéditos: *Poesía e historia* (1960...), *Historias fingidas y verdaderas* (1966-67) y *Hojas de Madrid* (1968-69). En los tres reaparecen Bilbao y Madrid, Vizcaya y España. Al primero y al tercero se ha acudido ya con diversos ejemplos. De los tres sólo publicará el segundo, el libro en prosa *Historias fingidas y verdaderas* (Alfaguara, 1970), el mismo año que aparece *Mientras* (Ediciones Javalambre, Zaragoza), poemario ya

citado: los dos primeros libros—exceptuadas las Antologías—que Blas de Otero publicaba en España después de muchos años. En *Historias...* vuelven los grandes artífices de la palabra castellana (Jorge Manrique, fray Luis, Quevedo, Góngora, Machado...), y con ellos otros universales creadores hispanos (El Greco, Velázquez, Goya...). Al fondo, siempre, la presencia quijotesca. Mención especial merece el nombre de Unamuno, ya recordado en el romance de *Que trata de España*, «Calle Miguel de Unamuno», adhesión y rechazo al mismo tiempo, más explícito el segundo. Talante que se repite e intensifica en el texto inicial de la segunda parte de *Historias fingidas y verdaderas*, desdeñoso sin paliativos con el filosofar y el poetizar unamunianos.

España, tierra y lengua, unidas una vez más en este libro. Una sola realidad. Ante el inmediato regreso a su patria, el poeta entona su viejo y constante canto de paz para «la inmensa mayoría»: «Mañana voy a España... Paz a los hombres y gloria a las mujeres. Mañana poseeremos la tierra, arrancaremos el aire adherido a la rutina, mañana volaremos» (en «La pluma en el aire»). La tierra abandonada, perdida, de los desterrados, de las largas cadenas de emigrantes, de trabajadores con «sanos acentos leonés, gallego, extremeño», por los andenes de Europa: «Más vale perder la memoria que la tierra», tierra para vivir y en donde morir: «No quiero que me entierren con la bandera ni el ataúd. Simplemente me metan dentro de la tierra, bien enterrado, para siempre, en mi tierra» (en «Desterrados»). Poesía de Blas de Otero que es la misma tierra de su patria, y la lengua, las lenguas de España; al final de ese texto inicial de la segunda parte de *Historias*, tras las no muy admirativas palabras dedicadas a Unamuno, deja el poeta uno de sus testimonios más rotundos, que bien puede resumir su poesía «española», la de su «triple fe: en el hombre, en la paz y en la patria..., tres nombres distintos y un solo amor verdadero: España» (con palabras de Joaquín Galán en su libro *Blas de Otero, palabra para un pueblo*, Ambito literario núm. XXI, Barcelona, 1978, p. 67). Estas son las palabras del poeta: «Ah, esto sí que es digno de loar, y estimar, y amar, mi lengua propia y por derecho propio, mi castellano, y mi cordobés, y ante todo, mi euskera escamoteado, y mi gallego, y mi extremeño, y mi catalán, y que no me vengan antípodas ni apátridas a mentarme la lengua que me parió, que la tengo por cosa muy substancial, más aún, consubstancial a mi vida, mi morir, y mi nacer».

EMILIO MIRO

Avda. Portugal, 131
MADRID